

EDITORIAL

El Perú en el abismo de la impunidad

Nuestro Perú atraviesa una etapa de degradación institucional tan profunda que ya parece ser una parodia macabra. La reciente absolución del presidente del Congreso, José Jerí, acusado de violación, marca un punto de quiebre: si el máximo representante del congreso puede salir indemne de cargos tan graves, ¿qué mensaje queda para las víctimas y para la sociedad? Que la justicia está sólo para servir y justificar los intereses de los poderosos.

El congreso y Dina Boluarte han dado otro golpe brutal al pueblo peruano con una amnistía general para militares y policías responsables de crímenes cometidos durante el conflicto interno que dejó 70 mil muertos. La impunidad se disfraza de reconciliación, mientras se cierran las puertas a la memoria y a la justicia de miles de familias. Paralelamente, Dina Boluarte pretende sacar al Perú de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, tomando una senda autoritaria más peligrosa aún. No sorprende, entonces, que haya sido exculpada de todos los delitos que arrastra: la coartada perfecta de un sistema judicial sometido.

Como si no bastara, regresan al escenario electoral viejos rostros conocidos de la corrupción: Keiko Fujimori, César Acuña y Rafael López Aliaga, símbolos de la política corrupta y del oportunismo sin escrúpulos. La resurrección de la fiscal Patricia Benavides, acusada de corrupción, confirma que las cloacas del poder siguen abiertas y que la fiscalía se ha convertido en otro instrumento de blindaje. Mientras tanto, Betsy Chávez, ex primera ministra, padece una reclusión cruel y sádica que desnuda el carácter selectivo de la justicia peruana.

El panorama regional tampoco ofrece consuelo. Se crean artificiales conflictos fronterizos entre Perú y Colombia para distraer a la opinión pública de la crisis interna, y en Bolivia la derecha celebra su victoria gracias a la fractura entre Evo Morales y Luis Arce, un recordatorio de cómo la división irresponsable de las fuerzas progresistas puede entregar el gobierno a las élites económicas de un país.

El resultado de todo este cuadro es un Perú atrapado entre la impunidad y la manipulación, un país donde los culpables vuelven, los inocentes son castigados y los muertos son borrados de la memoria oficial. La democracia, vaciada de contenido, se convierte en un ritual grotesco al servicio de los mismos de siempre. El reto es enorme: o los movimientos sociales se organizan seriamente para luchar por sus derechos y su historia, o el país seguirá siendo la gallina de los huevos de oro de los consorcios extranjeros y de la derecha peruana. ¡Y ya sabemos cómo terminó la gallina!